

# ACTUALIZACIONES LITERARIAS

POR GERMAN SEPULVEDA DURAN

□ Doctor por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid

## La pasión y muerte del cura Deusto

Augusto Jorge Goemine Thomson, cuyo nombre literario es Augusto D'Halmar, nace en Santiago de Chile el 23 de Abril de 1882 y muere en la misma ciudad el 27 de enero de 1950. Su padre se llamaba Augusto Goemine, marino francés; su madre, Manuela Thomson, chilena. Su abuelo, marino de nacionalidad sueca, era Barón de D'Halmar. El epítafio del escritor dice: "Nada he visto, sino el mundo y no me ha pasado nada, sino la vida", frase que le gustaba repetir en sus celebradas conferencias públicas.

Por concurso ganado el 14 de octubre de 1907, Augusto D'Halmar fue nombrado cónsul general de Chile en la India y posesiones asiáticas de Inglaterra. El 6 de abril de 1908 arribó a Calcuta; pero lo agobió el clima tropical de la India y muy pronto abandonó el país. A fines de mayo de ese año desembarcó en Marsella. Una vez en Chile, se le hace cónsul en el Perú, con residencia en el puerto de Eten. El 23 de abril de 1916 recalca Augusto D'Halmar en Valparaíso y abandona la carrera consular. Provido de algunos ahorros, se dirige a Europa. En septiembre de esa pie a tierra en Cádiz y deambula por Andalucía. Por diciembre llega a París en calidad de corresponsal de guerra del diario santiaguino La Unión. A poco de firmado el armisticio del conflicto bélico de 1914-1918, va a establecer su domicilio en Madrid.

Renueva las colaboraciones periodísticas para Chile con sus crónicas denominadas Iniciaciones y apariciones en La Nación durante el lapso de 1925 a 1928. Un tanto maltrecho de finanzas, retorna de firme a su patria en 1934 y da curso a la edición de sus obras completas. Desde 1938 a 1942 publica, también en La Nación, sus memorias, intituladas "Recuerdos olvidados". En abril del último de ambos años resulta el primer chileno a quien se concede el Premio Nacional de Literatura.

La totalidad de su creación comprende una veintena de libros. A veces de tema nativo, a veces de asunto español, a veces sobre personalidades europeas y a veces acerca de ensueños orientales. Entre sus mejores títulos figuran "Juan Luterio" (1902), novela de linaje naturalista, prima hermana de la zulesca "Naná"; "La lámpara en el molino" (1914), relatos de nostalgias soterradas y melancolías líricas. "La sombra del humo en el espejo" (1924), narración concisamente a la asordada angustia de la propia soledad; "La Mancha de Don Quijote" (1928), andanzas y cavilaciones por las tierras solares del ingenioso Hidalgo y discreto caballero. "Cristián y yo" (1946), cuentos acumulados desde la adolescencia a la juventud y excesos de la marchitez del transcurso del tiempo. Por último, "Los 21" (1948), galería de celebridades gratas al espíritu selecto de Augusto D'Halmar que, a la par de otros nombres, incluyen a "Andersen o el abuelo de todos"; "Victor Hugo o Júpiter en las letras"; "Edgardo Poe y el álgebra del terror"; "Charles Dickens, el defensor de los pequeños"; "Antonio Machado, el po-

eta"; "García Lorca o el viejo vino español en odres nuevos"; y "Pezoa Véliz, nuestro poeta nacional".

El autor de tales escritos lo es, asimismo,

de la novela intitulada "La pasión y muerte del cura Deusto" (1924), precedida en tres años de aparición por "El embrujo de Sevilla" (1921), del prosista uruguayo Carlos Reyles (1868-1938). Sin embargo, pocas veces un par de obras semejantes en aspectos externos difieren más en su sentido interno. Pero ambas por ser logros felices de la descripción y la interpretación significativas del cuerpo y el alma andaluces.

La lectura corriente de la narración de Augusto D'Halmar suele quedarse en la superficie de la pintura de los afectos ambiguos de un niño — luego un adolescente — y un adulto. Gitanillo trainero dado a la espontaneidad de sus impulsos aquél. Cérrigo outpuzeado frenado por sus votos religiosos éste. Justamente por ello, la progresión del drama psicológico de situaciones que suelen aproximarnos y de estados de ánimo que tienden a distanciarlos, conlleva una finura de captación y una destreza de exposición muy laudables.

A decir verdad, la "pasión" del cura Deusto corresponde a los padecimientos morales y a los desconciertos intelectuales engendrados por la confusión de sentimientos sagrados y profanos en su relación con el monaguillo del barrio de Triana, llamado Pedro Miguel, alias el Aceitunilla. La "muerte" del cérrigo representa la fatalidad de tensiones irreconcilables entre sus obligaciones divinales y sus debilidades humanas, ya descubierta su verdadera natura-

leza y la magnitud potencial de sus proyecciones.

Por un lado, esas tensiones se manifiestan en el seno del hogar de Deusto — donde ha sido acogido el monaguillo —, sofrenadas por su firmeza de carácter y pureza de intención, secundadas por la austera conducta de su gobernanta, la vieja criada Mónica. Por otra parte, el fuego del carifio del Aceitunilla se introduce por cualquier resquicio de los quehaceres en la parroquia, el coro o la sacristía: una caricia fugaz, una mirada oblicua, una sonrisa indefinible, un movimiento de cejas, un beso al descuido. Todo sin poder afirmarse ni negarse la anuencia de su protector.

Las cosas no llegan a mayores. Aquí es donde Augusto D'Halmar muestra y de muestra su arte para sugerir estados de conciencia a través de las actitudes y acciones del discípulo como por las tribulaciones meditabundas del maestro. Las ceremonias del culto, la solemnidad de los sacrificios, la música sacra y el esplendor de las procesiones, sin perder su limpieza esencial ni quererlos los protagonistas, son adecuadas por el escritor a la función de marco o de pretexto al dúo de amor equivocado, a ratos en primer plano.

Si, a ratos. Pues obtenido el toque de conducta o la reacción de ánimo que importa, D'Halmar se aparta y se aparta de esa o de situación en dicho primer plano. Pedro Miguel necesita crecer y madurar como persona, es decir, siendo ya adolescente, pasar a la etapa de sujeto joven. Entonces el novelista lo vincula al mundo humano y artístico del círculo San Rubi, el poeta Giraldo Alcázar, el espada Palmero y la tonadillera La Neva, cada uno con mucha vida caminada y de sobre expertos en marullerías. En una gama de experiencias que va de los favores de la Niña de las Saetas (Neva) a los colos avergonzados del Rey del Volapés (Palmero), donde confluyen el decadentismo de los contenteros y la gitanería del suburbio de Triana, Pedro Miguel se metamorfosea de Aceitunilla en el Niño Jesús de Palma, gracias al dominio reciente del baile flamenco y el canto jondo, adquirido a escondidas del cura Deusto en una academia de danzas y cantos andaluces.

Al llegar el sacerdote a Sevilla, asciende la torre mudejar llamada la Giralda. Ante su vista aparecen calles, palacios, avenidas, pasajes y cuantas particularidades famosas posee la ciudad. Acuden a su memoria los pueblos fenicio, griego, romano, godo y árabe cuyas plantas la han recorrido. Perfeccionada esta visión a vuelo de pájaro con detalles y observaciones de personajes de la novela que van y vienen por la parte del Guadalquivir, el resultado es un retrato admirable de Sevilla. Hazaña literaria valiosa respecto de una ciudad tan a menudo descrita, contada y cantada por plumas españolas.

El alma sensible y atormentada del cérrigo vaso acude a las escrituras santas santificadas, en busca de pacificación de sus dudas y consuelo de sus pesares. Aunque sufriente de penalidades del corazón, Ignacio Deusto es hombre fiel a su misión evangelizadora. Entonces echa mano a la lectura abstracta y a la rumia intelectual, sea de Los Salmos del Rey David sea de la Imitación de Cristo del Kempis. Así, D'Halmar genera buenas y bellas páginas de glosa a fuentes de vida espiritual cuyo sentido místico reverencia la tradición católica. Por cierto, el autor de "La pasión y muerte del cura Deusto" pertenece a las huestes del agnosticismo, pero es varón culto y artista de elevada alcurnia, capaz de tratar con amplitud de criterio y hondura de placer estético una materia de suyo delicada y volátil.

Sin quitarle ni ponerle, esta obra de Augusto D'Halmar es un libro sabio y hermoso. Por añadidura, parece escrito por un mazarote (quien parece árabe sin serlo). Las palabras: albarán (forastero); alimbar (torre delgada); mezquita (lugar de oración); mudejar (musulmán entre cristianos); alcázar (palacio); alborozo (regocijo intenso); Guadalquivir (río grande); se leen junto a varias más, antes de completar diez páginas del texto. ¿Por qué no? La premencia cristiana no borra las huellas árabe y judía exhibidas o aludidas en la novela del estilista chileno.

